



LAS ENTRAÑAS DE LA BELLEZA

Daniel Jándula

Nefando

Mónica Ojeda
 Candaya: Avinyonet del
 Penedès, 2016
 208 págs.

■ EN UNO DE ESOS EDIFICIOS del casco antiguo de Barcelona, en los que parece desarrollarse una aventura gráfica interminable, viven seis jóvenes. Sus vidas giran alrededor de un juego *online* de la *deep web* que se transforma en leyenda urbana a causa de su contenido sensible, la fuerte conmoción que ejerce sobre los usuarios y la extraña forma de interacción entre cuerpo, morbosidad y alma que propone. De la capacidad (o no) de comprender el dolor de los demás y de los intentos de verbalizar las ruinas emocionales (incluso físicas) surge *Nefando*, la segunda novela de la ecuatoriana Mónica Ojeda (Guayaquil, 1988).

Situada en una época contemporánea que no absolutamente actual (ambigüedad que supone uno de los muchos aciertos escondidos de la novela), *Nefando* propone un viaje al interior, un viaje que discurre sobre todo por las habitaciones (habitaciones-confesionarios, cuyas paredes con textura de carne atrapan al lector) de estos seis personajes que se debaten con su pasado y con ejercicios tan marginales como la redacción de una breve novela pornográfica, un máster en creación literaria (escenario que Ojeda conoce muy bien porque fue alumna del Máster en Creación Literaria de la UPF de Barcelona) y el diseño de una obra que conjuga la subcultura *demoscene* con las catacumbas de internet, y una desconcertante crueldad que abruma a sus usuarios. Decimos *crueldad* según la reinventó Antonin Artaud, es decir, «apetito de vida, de rigor cósmico y de necesidad implacable [...], de torbellino de vida que devora las tinieblas, en el sentido de ese dolor, de ineluctable necesidad, fuera de la cual no puede continuar la vida».

Tal vez la intención que subyace aquí sea la de responder con un rotundo SÍ a uno de los grandes asuntos del siglo XXI, la famosa duda que Primo Levi planteó sobre si es posible seguir escribiendo poesía después del horror. Está

en *Nefando* la imposibilidad de expresar lo que querríamos evocar, y además la voluntad de encontrar esos espacios de la palabra que —aunque encajonados dentro de un piso que «no es un lugar immaculado. No un refugio»— nos permitan aprender a decir sin sufrir más lo que nos depara lo recordado. Existe el temblor postadolescente y la represión inevitable cuando se intuye la falta de empatía. Asistimos al conflicto entre un mundo caído y un mundo por rehacer. En las pocas ocasiones de *Nefando* en que salimos del lugar cerrado (apenas para cubrir la distancia entre una entrevista y otra), el cielo se nos presenta como el que da arranque al *Neuromante* de William Gibson: «con el color de una pantalla de televisor sintonizado en un canal muerto».

Otros temas de *Nefando* son el estertor de la creación artística, la inquietante ausencia de la figura materna, la necesidad de abrir el cuerpo para revolver en la memoria, el temor entre personas que se comprenden mejor de lo que piensan, «el deseo de decir [...] que no se mitiga hablando», la obsesión por la definición de lo que es real para una especie permanentemente «castigada por el lenguaje» o la alarma ante las monstruosidades que pueden convertirse en nuevos rasgos de lo humano.

Sin embargo, más allá de un entorno y un argumento al que cualquiera podría acceder (es preferible profundizar en *Nefando* que en la DarkNet), el valor del libro reside en la búsqueda incesante de una fuerza poética detrás de los hechos y las ahogadas conversaciones que registra un lejano entrevistador. En última instancia, se persigue la fuerza de la belleza como consuelo, como verdad perturbadora, como martillo para esas pantallas que solemos levantar para no tener que mirar lo que nos duele... o peor aún, lo que le duele al otro. Y no hay duda de que la belleza terrible de *Nefando* perdurará entre quienes nos atrevamos a abrir estas páginas repletas de entrañas. ●